

SEGUNDA PARTE.

I.

Y á cosa de una hora
Ántes de despuntar la blanca aurora,
Temblando de terror y sobresalto,
Don Juan el lecho abandonó de un salto.
De piés sobre el desnudo pavimento,
Transido de pavor, falto de aliento,
Ni á moverse siquiera se atrevia.
Nada en la densa oscuridad callada
Se pintaba ó se oia.
Escuchó atento, y..... ¡nada!
Todo en silencio al parecer dormia,
Que en tan fiero momento,
Sólo don Juan el vivo movimiento
De su espantado corazon sentia.
Vistióse con cautela,
Echó á andar por las sombras sin ruido,
Encendió una pajueta,
Y arrimándola al cabo de una vela,
Alumbró su aposento ennegrecido.
Miró, buscó, indagó..... ¡Cautela vana!
Abrió luégo el cristal de su ventana,
Miró al lejano monte,
Y viendo que aún la luz de la mañana
No borraba el horror del horizonte,
Ante una mesa se sentó callado

Lacio el cabello de sudor bañado,
Y con vaga mirada,
Miraba á todas partes sin ver nada.
¿Qué pasó por su ruda inteligencia?
¿Qué luz rompió la bruma
De su oscura conciencia?
¿Quién lo puede saber? Tomó una pluma
Y escribió con extrema diligencia
Este relato, que de espanto abruma,
Monólogo ulterior de su existencia.

II.

¿Estoy muerto? ¿Estoy vivo?
¡No lo sé, no lo sé!..... Nada concibo
De cuanto pasa aquí; yo estoy despierto,
Y allá en mi lecho con horror percibo
Que estoy tendido, ¡inanimado..... muerto!.....
¿Soñaré? No estoy cierto:
Ántes de despertarme, mucho ántes,
Mis atónitos ojos
Han descubierto por el cielo errantes
Las sombras palpitantes
De los que ayer mataron mis enojos.
Sus lívidos despojos
Han hallado piedad sobre la tierra:
Una tumba los cierra,
Y por ellos imploran
Los que esperan en Dios y creen y oran!.....
Ellos tranquilos van por la campaña

De luz y de cristal; los acompaña
Un ángel del Señor, que en una nube
De grana y oro por el cielo sube.
¿Adónde van?..... Un cielo y otro, y otro,
Se rasgan al pasar. ¡Cuánto hemisferio
Descubrió en su ascension! ¡Cuánto misterio
Se revela ante mí!..... ¡Dios soberano!.....
¡Era un hombre de bien el Mahometano!.....
¡En Dios santo creía!.....
¡Sus bienes con el pobre repartía,
Amaba la indigencia,
Y ciego observador de su creencia,
A sus leyes sujeto,
Daba á su Alá, que es Dios, santo respeto!.....
¡Oh torpe ceguedad..... rencor insano!
Yo maté á ese santón, y ¡era mi hermano!
¿Y el químico?..... ¡Tampoco
Era un sér criminal! ¡No estaba loco,
Aun faltándole fe! Dado á la ciencia,
Estudiar y pensar era su sino;
¡Pensar, buscar camino
Para encontrar á Dios más prontamente!
¡Oh qué hermoso destino!
¡Activar la razon inteligente!
¡Estimular al pensamiento humano
Para hallar la verdad!..... ¡Tender la mano
Al que ciego y sin guía,
Entregado á sí mismo,
Va caminando por la oscura via
Que conduce á los bordes del abismo!.....
¡Y también lo maté!..... ¡Yo, que en la eterna

Noche de la ignorancia sumergido,
Hubiera conocido
La ley que al mundo material gobierna!.....
Quien á un sabio, Señor, quita la vida,
¿No debe apellidarse parricida?.....
¿Y el pobre feligres? ¡Sér sin historia,
Que buscaba el camino de la gloria
En la fe de Jesus! Él, que al trabajo,
Humilde y cabizbajo,
Con alegre piedad se resignaba!.....
¡Él, que oraba y oraba,
Y esperaba y creía
Que en el cielo hallaría
Los bienes que esta vida le negaba!
¡Oh Dios, de horror me espanto!
Quien mata al que en tí cree, ¿no mata á un santo?
Mas ¡ah!—¿Qué es lo que veo?
¡Vuelven á mí los tres! Culpable y reo
Me confieso, Señor; yo, ciego y vano,
Tu existencia negué: ahora tu mano
Empuja á mí las víctimas sangrientas
De mi ciego furor. —¿Qué es lo que intentas?
¡Sepáralos de mí! ¡Yerto de frío
Me siento fallecer!... ¡En torno mio
Se agrupan, me despojan
De mi traje carnal; mudos me arrojan
A una tumba sin luz: atada el alma
Al pié de mis despojos,
Va á presenciar con espantosa calma
Penetrar los gusanos por mis ojos,
Y ¡ay! en mi propia podredumbre presos,

Comer mi carne y horadar mis huesos!
¿Hay infierno mayor? ¡Piedad, Dios santo! —
¿Por qué affigirme tanto?
¡No me castigues con tan dura suerte!
¡Dame sólo el silencio de la muerte!
—¿No hay quien rece por mí? ¿No habrá quien pida
Clemencia para un pobre condenado?...
¡Justo!... ¡Yo, infame, os arranqué la vida!
¡Tampoco por vosotros he rezado!
¿A quién puedo pedir?... ¿Llorais de pena?
¡Ay hermanos!... ¡Romped esta cadena
Que me tiene ligado,
Y á ver mi podredumbre me condena!...
¿Orais?... ¡Que os premie Dios!—¡Él os bendiga!
¡Rezad con voz amiga!...
¡Orad con vivo anhelo!
¡Haced que llegue vuestra voz al cielo!...

III.

Callad, ya retira
De mí sus enojos
El Dios de los cielos, que juzga sin ira.
Ya torna sus ojos;
Benigno me mira:
Ya en calma reposan mis tristes despojos:
¡Ya el alma suspira,
Ya siento más flojos
Los lazos que hacian más fiera mi muerte!
¡Ya cambia mi suerte!

Ya hiende el vacío,
Cual blando rocío,
Un ángel de gloria, que en dulce embeleso
Me busca, me llama,
Me da un tierno beso;
¡Qué aromas derrama!
¿No ois? ¡Me bendice!
Se inclina á mi oido;
Mas ¿qué es lo que dice?...
¡Renacer!... ¡revivir! ¡Ir á la hondura
De la vida carnal!... ¡me da pavora!
¡Volver á los dolores
Cuando en lecho de flores
Se ha convertido ya mi sepultura!
¡Ah, sentencia expiatoria!
¡Vuelvo á la tierra á conquistar la gloria!
¡Tomar de nuevo el fardo
Del supremo dolor!... ¡Ir á otra muerte!...
¡Oh! ¿qué importa, Señor? tu ley aguardo,
Mi redencion está en obedecerte.
¡Yo emprenderé de nuevo mi camino
Errante y peregrino:
Yo tomaré á mi cargo la existencia
De esos tres!— En penosa penitencia
Naceré en pobre hogar, seré creyente,
Agotaré en pensar mi inteligencia,
Y desvalido, triste é indigente,
Visitaré tu templo,
Y en misterio profundo,
Será mi nueva vida por el mundo
De tu santa humildad callado ejemplo.—

—¿ Aceptas?—¿ Qué espantoso torbellino
Me arrebató, Señor?... ¿ Dónde me llevas?
¿ Es que empiezan mis pruebas?
¿ Es que voy de camino?
¡ Ah, sí, lo conozco; en mi memoria
Se va borrando ya la horrible historia
De mi pasado sér!... Sí, ya desciendo;
Desciendo... ya estoy viendo
El antro pavoroso á que impelida
Va de nuevo mi vida!
¡ Ay hermanos!... orad: dentro de poco
Entraré en ese foco
De opacidad inerte,
Que es mansion del dolor y de la muerte.
¡ No abandoneis mis huellas!
¡ Ya dejo atrás los cielos, las estrellas!...
¡ Bajo!... ¡ bajo!... ¡ Qué miedo!...
¡ Qué densa oscuridad!... ¡ no bajo!... ¡ ruedo!...
¡ Ruedo!... caí!... caí!

IV.

. Y aquí su historia
Dejó sin concluir el de Acevedo. —
A su entreabierta y parda celosía
Llamó la luz del día:
Penetró hasta su cama
Su resplandor incierto,
Y allí, del sol la fulgurante llama
No despertó á don Juan, alumbró á un muerto.

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE RIVAS.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

Á MI ESPOSA.—AL SEÑOR D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.—Á DIDO ABANDONADA.
EPÍSTOLA.